



*Bienaventurados los pobres en espíritu, pues de ellos es el reino de los cielos.
Bienaventurados los que lloran, pues ellos serán consolados.
Bienaventurados los humildes[a], pues ellos heredarán la tierra.
Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, pues ellos serán saciados.
Bienaventurados los misericordiosos, pues ellos recibirán misericordia.
Bienaventurados los de limpio corazón, pues ellos verán a Dios.
Bienaventurados los que procuran la paz, pues ellos serán llamados hijos de Dios.
Bienaventurados aquéllos que han sido perseguidos por causa de la justicia, pues de ellos es el reino de los cielos.
Bienaventurados serán[b] cuando los insulten y persigan, y digan todo género de mal contra ustedes falsamente, por causa de Mí.
Regocíjense y alégrese, porque la recompensa de ustedes en los cielos es grande, porque así persiguieron a los profetas que fueron antes que ustedes.*

Mateo 5:3-12

**BIENAVENTURADOS LOS PERSEGUIDOS POR LA JUSTICIA,
PORQUE DE ELLOS ES EL REINO DE LOS CIELOS**

Bienaventurados ustedes cuando los insulten, los persigan y, mintiendo, dirán toda clase de mal contra ustedes por mi causa. Alégrese y regocíjense, porque su recompensa es grande en los cielos. Así en efecto han perseguido a los profetas antes de ustedes.

Comentamos juntas la octava y la novena bienaventuranzas, porque ellas están pensadas como una formulación única, de la que habla la parte final (“bienaventurados ustedes cuando los insulten...”) especifica y comenta la parte inicial (“bienaventurados los perseguidos...”).

¿Qué es la “justicia” a causa de la cual se los persigue? No debemos superponer demasiado a la ligera a su valor bíblico ciertos significados “laicos” de términos hoy en uso: una idéntica palabra, como “justicia”, no tiene exactamente el mismo contenido en el mundo bíblico de

hace 2000 años y en el nuestro, hoy. Ciertamente los dos significados pueden ser contiguos, sucesivos, pero no precisamente superponibles.

La “justicia” de la que habla san Mateo es el acogimiento, en su propia vida, de la voluntad de Dios, del proyecto de Dios, es decir, de la persona de Jesús y de su Evangelio. En efecto, poco después Jesús hablará de los “perseguidos por mi causa” (5, 11).

Los “perseguidos por la justicia”, entonces, son los que sufren a causa del Reino, por su fidelidad a la palabra de Jesús, por haberse comprometido con Él y haberse jugado la propia vida, y que a toda costa permanecen fieles a Él.

La serie de verbos, muy precisos, con los que el evangelista Mateo especifica las persecuciones (“insultar, mentir, maldecir” en el v. 11) sugiere que él está describiendo la experiencia de su Iglesia, de la comunidad cristiana para la que escribe el Evangelio. Ese preciso “ustedes” de la bienaventuranza (“bienaventurados ustedes...”), acercado a la indeterminación de los sujetos que agreden y persiguen (“los insultarán, los perseguirán...”) indica que la adhesión de fe a la persona de Jesús, ha creado un contraste entre la pequeña comunidad cristiana y el amplio contexto humano, la cultura, la opinión pública, en la que aquélla se encuentra viviendo.

Sobre el tema de la persecución, el evangelista vuelve a él más frecuentemente que los otros (5, 44; 10, 23; 13, 31; 23, 24).

Es un modo de acercar la palabra y la vida de Jesús a lo que la comunidad cristiana está experimentando: es la fuerza y la confianza que viene del Señor, pero es también un código, un alfabeto con el que interpretar las dificultades, las fatigas, el sufrimiento que se encuentran a causa de la fidelidad al Evangelio. Es como si san Mateo dijera a la Iglesia: la persecución, la dificultad no es un castigo, una casualidad, un destino demente, por el contrario, es el sello de garantía de tu autenticidad, de tu pertenencia al Señor, de haber puesto tu vida bajo la lógica de su Cruz y de la Resurrección. Tal sufrimiento no es victimización, no es desprecio de la vida, es una fecundidad misteriosa pero real, es una semilla que germinará la espiga del futuro.

Se entiende entonces cómo bajo y dentro de este significado de la expresión “perseguidos a causa de la justicia” se deben poner muchas páginas escritas con sangre en nuestro tiempo. Pienso en los hermanos cristianos masacrados, quemados o crucificados a causa de su fe. Pienso en los sufrimientos de millones de prófugos en fuga, entregados a todas incomodidades y precariedades, para salvar la vida de sus hijos y la propia. Y pienso en nuestros silencios, en nuestras estupideces, en las indiferencias superficiales.

Pero pienso también en todos los que están afectados en sus derechos más elementales, explotados, descartados tanto por los egoísmos de personas y pueblos, como también por injusticias estructurales de nuestros sistemas, comenzando por el económico.

La bienaventuranza se amplía para acoger a todos los que se esfuerzan y luchan para que crezca la dignidad de las personas: en las relaciones cotidianas, en las pequeñas geografías de nuestras jornadas, al igual que en los giros trascendentales de la historia.

Todo esto es auténticamente “justicia”, según el gran aliento bíblico, porque es hacer realidad la voluntad, el proyecto de Dios en el hombre y en la vida.

La última bienaventuranza nos dice que las lágrimas de los perseguidos y el cansancio del que, con tenacidad, quiere humanizar el mundo y el corazón de la gente no se desperdician, no son sólo tierra árida y pedregosa, sino que por el contrario son un cofre que ya lleva y custodia en sí el don del Reino.

De este modo, la última bienaventuranza nos devuelve a la senda, nos vuelve a poner en camino, sobre los pasos de la valentía y de la esperanza.

Mons. Mansueto Bianchi
Asistente eclesialístico del FIAC, biblista



EL HOMBRE DE LAS OCHO BIENAVENTURANZAS

Beato Pier Giorgio Frassati



Jesús nos enseña, en cambio, a recorrer el camino contrario: «el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa la salvará» (Lc 9, 24).

Eso significa que no debemos esperar circunstancias externas favorables para arriesgarnos, sino que, al contrario, sólo comprometiendo la vida —conscientes de perderla— podemos crear para los demás y para nosotros las condiciones de una confianza nueva para el futuro. Y aquí el pensamiento se dirige espontáneamente a un joven que entregó verdaderamente así su vida, tanto que llegó a ser modelo de confianza y audacia evangélica para las jóvenes generaciones de Italia y el mundo: el beato Pier Giorgio Frassati. Uno de sus lemas era: «Vivir, no ir tirando». Este es el camino para experimentar en plenitud la fuerza y la alegría del Evangelio. Así, no sólo reencontraréis la confianza en el futuro, sino que seréis capaces de generar esperanza entre vuestros amigos y en los ambientes en los que vivís.

PAPA FRANCISCO A TURÍN - ENCUENTRO CON LOS JÓVENES - 21 de junio de 2015



A mí siempre me gusta asociar las Bienaventuranzas con el capítulo 25 de Mateo, cuando Jesús nos presenta las obras de misericordia y dice que en base a ellas seremos juzgados.

Les invito por ello a descubrir de nuevo las obras de misericordia corporales: dar de comer a los hambrientos, dar de beber a los sedientos, vestir a los desnudos, acoger al extranjero, asistir a los enfermos, visitar a los presos, enterrar a los muertos. Y no olvidemos las obras de misericordia espirituales: aconsejar a los que dudan, enseñar a los ignorantes, advertir a los pecadores, consolar a los afligidos, perdonar las ofensas, soportar pacientemente a las personas molestas, rezar a Dios por los vivos y los difuntos.

Como ven, la misericordia no es “buenismo”, ni un mero sentimentalismo. Aquí se demuestra la autenticidad de nuestro ser discípulos de Jesús, de nuestra credibilidad como cristianos en el mundo de hoy.

A ustedes, jóvenes, que son muy concretos, quisiera proponer que para los primeros siete meses del año 2016 elijan una obra de misericordia corporal y una espiritual para ponerla en práctica cada mes. Déjense inspirar por la oración de Santa Faustina, humilde apóstol de la Divina Misericordia de nuestro tiempo:

«Ayúdame, oh Señor, a que mis ojos sean misericordiosos, para que yo jamás recele o juzgue según las apariencias, sino que busque lo bello en el alma de mi prójimo y acuda a ayudarla [...] a que mis oídos sean misericordiosos para que tome en cuenta las necesidades de mi prójimo y no sea indiferente a sus penas y gemidos [...] a que mi lengua sea misericordiosa para que jamás hable negativamente de mis prójimos sino que tenga una palabra de consuelo y perdón para todos [...] a que mis manos sean misericordiosas y llenas de buenas obras [...] a que mis pies sean misericordiosos para que siempre me apresure a socorrer a mi prójimo, dominando mi propia fatiga y mi cansancio [...] a que mi corazón sea misericordioso para que yo sienta todos los sufrimientos de mi prójimo» (Diario 163).

PAPA FRANCISCO PARA LA JMJ CRACOVIA 2016

Escribanos a este correo electrónico
info@fiacifca.org o en Facebook (difundir la página!)
www.facebook.com/fiacyouthcoordination
o Twitter @infosf2015
www.catholicactionforum.org